

tradición narrativa de tanto vigor como la de la Revolución Mexicana, es algo suficientemente sabido. Y lo ha hecho conjugando esa herencia con una técnica moderna, sumamente dinámica y original, capaz de provocar una relación cómplice y apasionada entre novelista y lector. En esa relación, los hechos, las ideas en las que Fuentes sustenta su mirada son —por decirlo como Guillermo Motón— «lenguas de fuego», con su sentido más primigenio, bíblico. Ser es ser lenguaje. Vivir es permanecer en el idioma.

La última y apabullante entrega narrativa de Carlos Fuentes, titulada *Cristóbal Nonato* (Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1987), es —una vez más— el anhelo de expresar la profunda complejidad de México a partir de un supuesto imaginario: Cristóbal es concebido para que su nacimiento se produzca el 12 de octubre de 1992 y opte a uno de los tantos premios crecidos bajo la advocación del Quinto Centenario. Durante los nueve meses de gestación Cristóbal narra para y con el lector —que aquí es «elector»: lector que ha elegido serlo—, pero sabe que con el nacimiento vendrán el silencio y el olvido de todo su conocimiento primigenio. Hasta aquí la anécdota y, en ella, la ironía socarrona y lúdica de Carlos Fuentes que nos ofrece una visión cambiante, proteica y exacerbada del tiempo presente y del futuro mexicano que aparecen marcados por un profético y sombrío escepticismo. Esta visión que el último Carlos Fuentes compone con su escritura oscila ampliamente: desde el frío discurso filosófico o sociológico, pasando por las referencias eruditas, populares, folclóricas o históricas, hasta el cálido sentimentalismo poético. Y se nos ofrece de la misma forma que percibimos la realidad: desordenada y fragmentaria, múltiple e interrelacionada, como un mural móvil, como el equilibrio del caos.

Al igual que en novelas anteriores, en *Cristóbal Nonato* Carlos Fuentes se preocupa menos de reflejar una realidad exterior objetiva que de crear en la escritura otra realidad que se cuestiona a sí misma y es creada a su vez por el «elector» en el acto de la lectura. Novela, pues, como un constante y variado proceso creativo en el que un nuevo concepto de la narración que continuamente se autodestruye y se rehace, viene a desplazar al concepto tradicional de lo narrativo. La preocupación por la escritura en sí misma y sus valores estilísticos, la expresión de una cultura que enlaza con las técnicas audiovisuales como nuevos soportes del mensaje cultural, la búsqueda de la identidad a través de esa palabra que el novelista ha calificado de «enemiga» —«la palabra que no divierte ni advierte sino que nos convierte»—, ordenan el movimiento y las múltiples tensiones que aguardan en las páginas del libro.

Como bien sabemos, no es nueva esta actitud en Carlos Fuentes. Hace tiempo afirmó que la novela no ha muerto, sino que lo que ha muerto es la forma novelesca del realismo burgués. Para Fuentes estamos en el tiempo de una realidad literaria mucho más potente que se expresa en la capacidad para encontrar y levantar sobre un lenguaje los mitos y profecías de una época cuyo verdadero sello está dejando de ser la dicotomía capitalismo-socialismo. El sello contemporáneo —nos dice Carlos Fuentes— es la suma de una serie de hechos —fríos, maravillosos, contradictorios, enajenantes, libertarios— que realmente están transformando la vida de las sociedades industriales y entre los que hay que contar la automatización, la electrónica o el uso de la energía atómica.

De esa serie de hechos que están definiendo la fisonomía de las sociedades industriales contemporáneas, Fuentes, en la visión futurista que compone en *Cristóbal Nonato*,

ha optado por mostrar los lados más amargos. No otro sentido tienen esas predicciones catastrofistas, esa lluvia ácida y negra que cae sobre «Makesicko City», la gran urbe que es transfiguración exacerbada y proyección en el futuro del México de hoy. No otro sentido tiene esa amarga comprobación de que los mecanismos de corrupción y manipulación política se perpetúan a sí mismos y a quienes los detentan, llegando incluso a crear nuevos símbolos enajenadores —ahí está esa virgen espuria: Nuestra Señora Mamadoc, por ejemplo— que conviven con los símbolos del pasado cuando no se superponen sobre ellos o los suplantán. Ante este cuadro, Carlos Fuentes propone una distinta realidad que existe en tanto que es nombrada o imaginada por la palabra; un nuevo mundo —«Pacífica»— que funda y establece el idioma, aunque Carlos Fuentes sepa —y nosotros con él— que tanto a ese idioma —que es el nuestro— como a sus poseedores les aguardan grietas y amenazas. De ahí el sentido y el estremecimiento de la constante interrogación que surca las páginas de la novela acerca de cuál será el idioma que hablará Cristóbal cuando nazca. Y de ahí, también, la rabia y el deseo que estalla cuando su padre clama «¡que nos lleve el diablo, pero que nos lleve en español!» Así, pues, en *Cristóbal Nonato* Carlos Fuentes plantea la importancia del mito y la profecía, del lenguaje y sus posibilidades para crear una realidad totalizadora. «El lenguaje —dice el protagonista de la novela— se gesta y crece conmigo, [...] no tienen más pruebas de mi existencia que mis palabras aquí, creciendo conmigo». La novela así concebida, más que como tal novela, puede ser caracterizada entonces como un texto abierto, múltiple y plural, que dice todo lo que la realidad o la historia callan.

*Cristóbal Nonato* —podríamos resumir— es una parábola pesimista y, al tiempo, una esperanzadora invitación. Pesimismo ante la corrupción, los egoísmos, la falsedad política, la violencia gratuita, la degradación del medio ambiente, los burocratismos, el desequilibrio económico y tantos otros males de un México elefantiásico que se devora a sí mismo y al resto del país; invitación al descubrimiento y fundación de una nueva era en ese imaginario territorio que Fuentes, con transparente intención, bautiza como «Pacífica». Pero, sobre todo, *Cristóbal Nonato* es una esforzada aventura: la de ambicionar todo el lenguaje, poseerlo por completo, pertenecerle y que pertenezca a quien lo escribe y manipula y a quien lo acoge y escoge en la lectura; ambos creándolo, destruyéndolo y haciendo que renazca. Tal es aquí el empeño de Carlos Fuentes, tal —en palabras de Cristóbal Nonato— el deleite máximo de la lengua: «inventarla porque tenemos la impresión de que se nos muere entre los labios y depende de nosotros resucitarla».

Como en *Terra Nostra*, el otro monumental hito narrativo de Fuentes —y la referencia se hace inevitable—, en *Cristóbal Nonato* la literatura misma en el campo de la novela en nuestro idioma es transportada a un lugar vital. La naturaleza narrativa, la organización del lenguaje, la transformación de los materiales de la escritura, la descomposición y fragmentación de la ficción y la realidad ahondan y tocan fondo en sí mismos para volver a vivir, recreados, emblemáticos —cabría decir «cromosómicamente»— en una dimensión distinta. Y es que a Cristóbal lo engendró primero y fundamentalmente el lenguaje, esa «culebra de tinta y voces que todo lo concibe». Cristóbal se gesta con el lenguaje y, a la par, el lenguaje se gesta y crece con él en un doble y mutuo crecimiento. Por eso la voluntad de Carlos Fuentes de inventar el mundo, ima-

ginario con su no nacido Cristóbal «como la gente que cree que el mundo es un hecho verbal, que lo que lee es cierto y que el mundo no tiene límites a partir de la palabra». Y es que, en suma, *Cristóbal Nonato* no es sólo la historia de una gestación y una parábola futurista. *Cristóbal Nonato* —personaje y libro— es, nada más y nada menos, que la gesta inacabable, ilimitada, del idioma.

Sabas Martín



Carlos Fuentes